

su infantería ataca con las espadas el bosque de lanzas, corta los jarretes á los caballos y les horada el vientre. Perseo ataca el centro, y al primer choque, hace volver la espalda á los griegos; perseguida por el enemigo, esta fuerza encuentra útil apoyo en la caballería tesaliana, que, colocada en el ala izquierda como reserva, permanecía á la espalda fuera del combate, pero que pasó muy pronto á mezclarse en él, cuando vió ceder á los otros. Estos combatieron lentamente en retirada sin desordenarse, hasta que llegaron á los auxiliares que mandaba Eumeno, y allí, después de dar entre sus filas seguro refugio á los que huían á la desbandada, viendo menos apretados á los enemigos que les perseguían, se atrevieron á avanzar y salieron al encuentro de los fugitivos recogidos. Los reales á su vez, habiendo aclarado sus filas en la persecución, temieron trabar pelea con un cuerpo que marchaba tan ordenado y con tanta firmeza. Vencedor el rey en aquella escaramuza de caballería, excitaba á sus tropas diciéndolas que les bastaban pocos esfuerzos para que quedase terminada la guerra, cuando llegó la falange que traían Hippias y Leonato, que para contribuir al éxito de tan brillante rasgo de audacia, asumieron la responsabilidad de llevarla, en cuanto supieron el afortunado éxito del combate de caballería. Dispuesto el rey á acometer empresa tan grave, fluctuaba entre la esperanza y el temor, cuando el cretense Evandro, cuyo auxilio le fué tan útil en la asechanza dirigida contra el rey Eumeno, viendo moverse y acercarse con las enseñas levantadas aquel macizo cuerpo, se acercó al rey y le aconsejó enérgicamente que no se dejase arrebatar por la fortuna y que no comprometiese en una jugada todo el porvenir de su poder. Contentándose con el éxito de la jornada y permaneciendo tranquilo, recibiría la paz con condiciones honrosas, y si prefería la guerra, vería multiplicarse

los aliados y cortesanos de su fortuna. Este consejo era el más agradable al rey, que felicitó á Evandro, mandó retroceder las enseñas y que regresase al campamento la infantería tocándose retirada á la caballería.

Los romanos perdieron aquel día doscientos jinetes y dos mil hombres de infantería, que quedaron muertos; otros doscientos hombres de caballería cayeron prisioneros. De las fuerzas del rey solamente mataron veinte hombres de caballería y cuarenta de infantería. Cuando los vencedores entraron en el campamento, el regocijo era general, distinguiéndose los tracios por la exaltación de su alegría, cantando y llevando clavadas en las lanzas las cabezas de sus enemigos. Los romanos, además del disgusto de haber sido vencidos, temían verse atacados inmediatamente por el enemigo en su campamento. Eumeno aconsejaba repasar inmediatamente el Peneo, para tener el río por defensa, mientras los soldados se rehacían de su abatimiento. La vergüenza retenía al cónsul, que no quería mostrar temor; pero cediendo á la razón y aprovechando el silencio de la noche para que cruzasen el río sus tropas, se fortificó en la otra orilla. A la mañana siguiente avanzó el rey para provocar al enemigo, y cuando vió que se había puesto en seguridad al otro lado del río, comprendió que había cometido una falta la víspera no hostigándolo después de la derrota y que había sido mayor aún la de permanecer ocioso toda la noche. Porque sin mover los demás cuerpos, le hubiese bastado lanzar sus tropas ligeras para destruir gran parte del ejército romano en la operación del paso del río. En cuanto á los romanos, la fuerte posición de su campamento les libraba de todo temor por el momento actual, afectándoles mucho más el descalabro que había sufrido su fama. En el consejo celebrado con el cónsul, todos á porfía hacían recaer la falta sobre los etolios, que dieron comienzo á la derrota

difundiendo el temor; los demás cuerpos griegos aliados no habían hecho más que dejarse arrastrar por el terror de los etolios. Decíase que se había visto volver la espalda los primeros á cinco jefes etolios, y los cinco fueron enviados á Roma. Los tesalios fueron elogiados delante del ejército y los capitanes recibieron premios en recompensa de su valor.

Los despojos de los vencidos los llevaban al rey, sirviéndole para recompensar á sus soldados, que recibieron, unos, hermosas armas; otros, caballos, y algunos, cautivos. Recogieron más de mil quinientos escudos y más de mil corazas y loricas, siendo mayor la cantidad de cascos, espadas y armas de toda clase. Este resultado, hermoso ya en sí, lo exageró el rey en la oración que dirigió á su ejército reunido. «Esto os permite juzgar del resultado de la guerra. Habéis derrotado lo más escogido del ejército enemigo, esa caballería romana que constituía su nervio y su gloria. Los caballeros son, en efecto, la flor de los guerreros (1); son un plantel de senadores; de sus filas salen los cónsules que se sientan en el Senado, de ellas se toman los generales. Hace un momento que os he repartido sus despojos. No es menos gloriosa la victoria que acabáis de conseguir sobre las legiones de infantería, porque se han sustraído á vuestros golpes por medio de una fuga nocturna, y

(1) El cuerpo de los caballeros se componía de cerca de siete mil hombres, y se formaba de los romanos más ricos, nobles ó plebeyos, entrando en él cuantos gozaban de cierto capital que determinaba la ley. Servían en la caballería de las legiones y gozaban de muchos privilegios. Los censores elegían entre ellos los ciudadanos que habían de reemplazar á los senadores fallecidos, ingresando así en el primer cuerpo del Estado. Después de muchas pretensiones en el período que medió desde la segunda guerra púnica hasta el tribunado de Tiberio Graco, muerto Cayo Graco fué investida esta clase intermedia de poder judicial y derechos políticos muy importantes.

en su temor, han llenado el río de desgraciados que no podían escapar á nado. Pero nosotros, al perseguir al enemigo, experimentaremos menos trabajo para atravesar el Peneo que han tenido ellos en su terror: en cuanto pasemos, daremos el asalto á su campamento, del que nos habríamos apoderado hoy si no hubiesen huído. Si prefieren batalla campal, contad con igual triunfo en un combate de infantería como el que habéis conseguido en el de caballería.» Los que habían conseguido la ventaja, escucharon el elogio que se hacía de ellos; alegres y llevando á la espalda los despojos de los enemigos que habían matado, fundaban en lo que acababa de suceder lisonjeras esperanzas para lo venidero; los peones igualmente, y en especial los de la falange macedónica, animados por la gloria de los otros, deseaban también ocasión de servir al rey con eficacia y adquirir igual gloria á expensas del enemigo. Disolvióse la asamblea, y á la mañana siguiente partió el rey para Mopsela, donde estableció su campamento, ocupando una altura á mitad del camino de Tempe á Larisa.

Los romanos, sin alejarse de las orillas del Peneo, trasladaron su campamento á posición más fuerte. En ella recibieron al nómada Misageno con mil hombres de caballería, otros tantos de infantería y además veintidós elefantes. Al mismo tiempo celebraba consejo el rey acerca del conjunto de las operaciones, y como había calmado la primera exaltación del triunfo, algunos amigos suyos tuvieron valor para aconsejarle que aprovechase la fortuna para conseguir la paz con condiciones honrosas, en vez de entregarse á vanas esperanzas y adelantar tanto que no pudiese retroceder. «Limitar por sí mismo su prosperidad, no confiar demasiado en los recientes favores de la fortuna, es cualidad de hombre prudente, que merece su felicidad. Debía

enviar legados al cónsul para renovar el tratado con las mismas condiciones que aceptó su padre Filipo de su vencedor T. Quinceio. No podía terminar más honrosamente la guerra que por medio de una batalla tan memorable; no podía tener motivo más sólido para esperar una paz duradera que aquel combate, cuyo resultado, fatal para los romanos, había debido, abatiéndoles, hacerles propicios para tratar. Si los romanos, por su natural obstinación rechazaban condiciones equitativas, los dioses y los hombres serían testigos de la moderación de Perseo y de la ceguera de sus enemigos.» No era refractario el rey á soluciones de esta clase, razón por la cual, reuniendo mayoría aquella opinión, envió legados al cónsul, que los recibió en numeroso consejo. Dijeron éstos «que Perseo pedía la paz; que pagaría el mismo tributo que Filipo se obligó á pagar, y que evacuaría las ciudades, las tierras y todos los demás parajes que abandonó aquel rey.» Así hablaron los legados. Cuando se retiraron, discutióse, y la constancia romana triunfó en el consejo. Acostumbrábase entonces conservar la actitud de la prosperidad en la mala fortuna y moderar los regocijos cuando las circunstancias eran favorables. La contestación que se decidió fué la siguiente: «La paz se concedería si el rey dejaba á completa libertad del Senado la deliberación acerca del conjunto de sus relaciones en lo que le concernía personalmente y á toda la Macedonia.» Cuando transmitieron la respuesta los legados, sorprendió la obstinación de los romanos á los que no la conocían; opinando la mayoría que no se hablase más de paz. Los mismos romanos irían á pedir aquel bien que rechazaban con tanta altivez. Perseo temía mostrar orgullo porque no se le creyese excesivamente confiado en sus fuerzas; así fué que no rehusó tentar al cónsul ofreciendo mayor cantidad para conseguir la paz. No pudiendo

conseguir que modificase su primera respuesta, desesperó de conseguir la paz, y volvió á ocupar la posición de Sicurio, que había abandonado, para entregarlo todo de nuevo á la fortuna de la guerra. La noticia del combate de caballería, extendiéndose por toda la Grecia, puso de manifiesto las disposiciones de los ánimos. No solamente los partidarios de los macedonios, sino casi todos aquellos á quienes los romanos habían colmado de beneficios, y algunos que habían sido víctima de la violencia y la tiranía, recibieron la nueva con regocijo, sin otro motivo que la baja pasión que hace que hasta en los combates fingidos el vulgo se incline al combatiente peor y más débil. Por la misma época el pretor Lucrecio había dado vigoroso asalto á la ciudad de Haliarto en Beocia; y aunque los sitiados no habían recibido otro auxilio del exterior que la joven milicia de Coronea, que, al comenzar el sitio, se había encerrado en la plaza, y que no esperasen otros, resistían sin embargo, atendiendo más á su valor que á sus fuerzas; porque hacían frecuentes salidas contra los trabajos; cuando acercaban el ariete, arrojaban sobre su cabeza masas de plomo que le derribaban, y, si los trabajadores que le movían le preservaban de esta maniobra y caía la muralla, inmediatamente la reemplazaban con otra, que construían con los mismos restos y las piedras que acababan de derrumbarse. Adelantando las obras muy despacio, el pretor mandó distribuir escalas á los manipulos, como para atacar la muralla en toda su extensión; creyendo que sus fuerzas bastarían para esto, tanto mejor, cuanto que, por el lado de la laguna que rodea la plaza, ni convenía ni era posible atacarla. Por la parte donde se habían derrumbado dos torres y el lienzo de muralla que las unía, mandó avanzar dos mil hombres escogidos, y al mismo tiempo en que procuraría forzar la brecha y en que los sitiados acudían

CAPILLA ALFONSIANA
BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD
U. N. L.

rían á aquel punto para detenerle, creía que por medio de las escalas podrían subir á alguna parte de la muralla desprovista de defensores. Los habitantes se preparaban á rechazarle vigorosamente, arrojando á la brecha haces de leña seca, y de pie, con antorchas encendidas en las manos, amenazaban á cada momento con prenderles fuego, con objeto de que detenido el enemigo por el incendio, tuviesen tiempo para construir una muralla en el interior. La casualidad desvirtuó esta maniobra, cayendo de pronto tales torrentes de lluvia, que impidieron encender las antorchas y apagaron las encendidas. Pudieron, pues, separar aquella leña humeante y pasar, y acudiendo todos á la defensa de un punto sólo, ocuparon la muralla en otros muchos á la vez, por medio de las escalas. En el primer desorden, los ancianos y los niños que la casualidad puso al alcance de las espadas del vencedor, fueron muertos aquí y allá; los hombres armados se refugiaron en la fortaleza, y á la mañana siguiente, habiendo perdido toda esperanza, se rindieron, siendo vendidos en subasta, elevándose próximamente á dos mil quinientos. Las obras maestras de pintura y escultura que decoraban la ciudad y cuanto encerraba de objetos de valor fueron embarrados, quedando completamente destruída la plaza. Desde allí pasó el ejército á Tebas; y después de tomarla sin combote, el pretor entregó la ciudad á los desterrados y á los partidarios de los romanos; mandando vender en subasta las familias del partido opuesto y de los partidarios del rey y de los macedonios. Después de realizar estas hazañas en Beocia, regresó al mar y á las naves.

Mientras ocurrían estas cosas en Beocia, Perseo permaneció encerrado algunos días en su campamento de Sicurio. Allí supo que los romanos, después de haber recogido apresuradamente los granos de las inmedia-

ciones, los trasportaban, y que en seguida, cada uno delante de su tienda desgranaban las espigas para triturar mejor el trigo, habiendo en el campamento enormes montones de paja. Pareciéndole propicia la ocasión para un incendio, mandó preparar antorchas, mechas y pelotas de estopas empapadas en pez, partiendo en seguida á media noche, para sorprender al enemigo al amanecer. La empresa no tuvo resultado; las avanzadas al recibir el ataque, con sus gritos y desorden dieron la alarma á todos los demás, siguiendo en seguida la señal de tomar las armas; inmediatamente viéronse soldados en los parapetos y puertas, preparados para rechazar el ataque del campamento. En el acto mandó Perseo que su ejército diese media vuelta, llevando los bagajes delante y la infantería detrás; haciendo alto él mismo con la caballería y las tropas ligeras, para cerrar la marcha, previendo, como demostraron los hechos, que el enemigo le perseguiría y hostigaría su retaguardia. Trábose breve escaramuza entre sus tropas ligeras y los exploradores romanos principalmente; y la infantería y la caballería entraron en sus campamentos sin que las inquietasen. Cuando terminaron la recolección los romanos, pasaron al territorio de Cranón, intacto aún. Muy tranquilos se encontraban, confiando en la lejanía de los dos campamentos, y en las dificultades del camino de Sicurio á Cranón, á causa de la escasez de agua, cuando al amanecer aparecieron de pronto la caballería del rey y su infantería ligera en las alturas inmediatas, produciendo alarma en el campamento. Habían partido de Sicurio la víspera á medio día; al acercarse el día dejaron la infantería en la explanada inmediata, permaneciendo Perseo algún tiempo en las alturas, creyendo que podría atraer á los romanos á un combate de caballería. Viéndoles impasibles, envió un jinete para ordenar á la infantería que se retirase hacia Sicurio, ha-

ciéndolo en seguida él mismo. La caballería romana le siguió á corta distancia para caer sobre los que se separasen del cuerpo de ejército; pero se retiraron en masa tan compacta y en tan buen orden, que los romanos, viéndolo así, volvieron á su campamento.

Disgustado el rey por la longitud del camino, fué á acampar en Mopselo, y los romanos, después de arrebatar las cosechas de Cranón, pasaron al territorio de Falana. Enterado el rey por un desertor de que los romanos, sin hacerse apoyar por fuerza armada hacían la recolección dispersos por los campos, tomó mil jinetes y dos mil tracios y cretenses, y forzando la marcha, sin cuidarse de que sus tropas conservasen las filas, atacó de improviso á los romanos, cogiéndoles cerca de mil carros enganchados, cargados casi todos, y unos seiscientos hombres; encargando á trescientos cretenses que custodiasen el botín y lo llevasen al campamento. Por su parte, recordando á su caballería y al resto de la infantería que olvidaban matar á los merodeadores, les llevó hasta la próxima guardia, creyendo que bastarían pocos esfuerzos para exterminarla. Encontrábase los romanos á las órdenes del tribuno L. Pompeyo, quien, viendo á sus soldados vacilantes á consecuencia de la repentina irrupción del enemigo, les hizo batirse en retirada hasta la altura inmediata, buscando la ventaja de la posición, ya que no podía resistir por fuerza, en vista de la inferioridad del número. Formó sus tropas en círculo, é hizo acercar los escudos para preservarlas de los venablos y flechas; Perseo rodeó la altura con parte de sus fuerzas, y mandó á las demás que subiesen al asalto por todos los puntos á la vez, con orden de trabar el combate de cerca, mientras los otros lanzarían flechas desde lejos. Doble terror angustiaba á los romanos; no podían combatir apretados á causa de aquellas fuerzas que se empeñaban en subir á la altura;

y si deshacían el círculo y marchaban adelante, se descubrirían, hiriéndoles los venablos y flechas y especialmente los cetros feudones, arma nueva, inventada para aquella guerra, y que consistía en un hierro de lanza, de dos palmos de largo, montado en un hasta de medio codo de longitud y un dedo de grueso; para mantener el equilibrio estaba guarnecido de tres alas, como se pone á las flechas; colocábanlo en el centro de una honda que tenía dos pares de correas desiguales, mantenidas en equilibrio en la mayor de los dos senos de la honda, partiendo, como la piedra, á la rotación de la honda. Estas armas y las demás saetas habían herido á muchos soldados, encontrándose todos tan cansados, que apenas podían mantener las armas; el rey les estrechó para que se rindiesen, les prodigó juramentos y hasta les hizo promesas; pero todos permanecieron firmes y ninguno se rindió. Decididos estaban á morir, cuando apareció inesperado socorro. Algunos merodeadores habían huído hasta el campamento y anunciado al cónsul que el destacamento estaba bloqueado. Afectado por el peligro de tantos ciudadanos (eran ochocientos, y todos romanos), salió del campamento al frente de la caballería y tropas ligeras, reforzadas con los auxiliares númidas, caballería, infantería y elefantes, mandando á los tribunos que le siguiesen con las legiones y las enseñas. Él mismo, después de apoyar sus tropas ligeras con los vélites para fortalecerlas, se dirigió á la altura. Los costados del cónsul los cubrían Eumeno Atalo y Misageno, príncipe de los númidas.

Cuando los sitiados vieron la primera enseña de sus amigos, pasaron rápidamente del temor á la esperanza. Al principio se hubiese contentado Perseo con un triunfo eventual, después de haber cogido ó muerto algunos merodeadores, hubiese renunciado á perder el tiempo sitiando el destacamento de guardia; pero se había de-

jado arrastrar á hostigarle, aunque decidido á retirarse, porque no tenía fuerzas suficientes, con tal que pudiese hacerlo sin pérdidas. Alentado por el éxito, esperó la llegada de los enemigos y envió apresuradamente orden para que acudiese su falange. Llamados demasiado tarde para aquella urgencia y conducidos con precipitación, aquellos soldados, después de violenta carrera que había de fatigarles, iban á encontrarse en frente de un ejército preparado y en buen orden. El cónsul se adelantó y trabó el combate. Los macedonios resistieron al principio, pero eran inferiores en todo; después de perder trescientos infantes y veinticuatro caballeros de las familias principales, del ala que denominaban sagrada, entre ellos Antímaco, que la mandaba y que acababa de caer muerto, se vieron en la precisión de batirse en retirada. Pero en su marcha reinó más confusión que en el mismo combate. Llamada la falange por orden precipitada, venía á la carrera, encontrando en el desfiladero la columna de prisioneros y los carros cargados de grano; después de exterminar los prisioneros, la falange y el convoy, que no habían previsto aquel encuentro, se encontraron en grave apuro para abrirse paso; los soldados derribaban los carros á los precipicios, no viendo otro medio para abrirse camino, y las bestias de carga, hostigadas, aumentaban la confusión general. Apenas desembarazados del convoy de cautivos, los romanos caen en medio de la escolta real y de los asustados jinetes. Gritanles que se replieguen, y aquellos gritos les ocasiona una alarma que casi parece una derrota; hasta el punto de que, si el enemigo hubiese osado penetrar en los desfiladeros y perseguir más á los fugitivos, podría haberles hecho sufrir terrible derrota. El cónsul había salvado al destacamento, y satisfecho con aquella modesta ventaja, hizo regresar sus tropas al campamento. Según algunos autores, el

combate de aquel día fué más importante; hablan de ocho mil hombres muertos al enemigo, entre ellos Sápúter y Antipatro, generales del rey, cerca de ochocientos prisioneros y veintisiete enseñas cogidas: la victoria fué cruenta, habiendo perdido el ejército del cónsul más de cuatro mil trescientos hombres y cinco enseñas del ala izquierda.

Aquel combate devolvió el valor á los romanos y aterró á Perseo de tal manera, que después de corta permanencia en Mopsela, principalmente para cuidar de la sepultura de los soldados que había perdido, dejó en Gonno guarnición bastante fuerte y se replegó con todas sus fuerzas hacia Macedonia. Cerca de Fila dejó á un prefecto llamado Timoteo, con corto destacamento para sondear á los magnetos y sus vecinos. Cuando llegó á Pela envió sus tropas á invernar y partió con Cotys para Tesalónica. Allí supo por la fama que Atlesbis, reyzeno de los tracios, y Corrago, prefecto de Eumeno, habían invadido el reino de Cotys y ocupado el territorio llamado Marenen. Creyó, pues, que debía permitir á Cotys marchar á defender sus estados, y á su marcha le entregó magníficos regalos, y á su caballería le dió, por la paga de seis meses, los doscientos talentos que debía entregar por la de un año. Enterado el cónsul de la marcha de Perseo, se acercó á Gonno para ver si podía apoderarse de la plaza. Situada delante de Tempe, en la misma entrada del desfiladero, es la barrera más segura para Macedonia, al mismo tiempo que permite á los macedonios bajar á la Tesalia cuando quieren. Pero era tan fuerte y estaba tan bien guardada, que consideró imposible el ataque y renunció á él. Marchó, pues, hacia Perrhebia, tomó al primer ataque á Malea, que saqueó; recobró el Trípolis y el resto de la Perrhebia y regresó á Larisa. Despidiendo entonces á Eumeno y Atalo, distribuyó á los númidas de Misageno en

las ciudades de Tesalia más inmediatas, designándose las como cuarteles de invierno; y también distribuyó parte de sus tropas en todos los puntos de la Tesalia, teniendo todas excelente internada, y sirviendo de guarnición á las ciudades. Envió á su legado Q. Minucio con dos mil hombres para que ocupase Ambracia, y despidió á todos los aliados de las ciudades griegas, exceptuando los aqueos. Marcho con parte de su ejército para la Acaya Phthiotida, destruyó por completo á Ptelea, cuyos habitantes habían huído, y recobró Antrón por consentimiento de sus moradores. En seguida llevó su ejército á Larisa; la ciudad estaba desierta; todos se habían refugiado en la fortaleza, y decidió atacarla. Los macedonios que formaban la guarnición real fueron los primeros en temer, y habían evacuado la plaza; y los habitantes, abandonados por ellos, convinieron en seguida en rendirse. En seguida vaciló entre atacar á Demetriades, ó si le convendría fijar la atención en los asuntos de la Beocia. Los tebanos, perseguidos por los de Coronea, le llamaban á Beocia. A sus ruegos, y porque la comarca era más favorable que la Magnesia para internar, llevó allá su ejército.

FIN DEL LIBRO XLII.

LIBRO XLIII.

SUMARIO.

Condennación de los pretores culpables de exacciones y crueldades.—El procónsul P. Licinio Crasso se apodera de muchas ciudades de Grecia y las saquea.—Decreto del Senado devolviendo la libertad á los cautivados por este general.—Violencias ejercidas sobre los aliados.—Ventajas de Perseo en Tracia; sus conquistas en Iliria.—Muerte de Olónico y pacificación de España.—Los censores nombran á Emilio Lépido príncipe del Senado.

Durante el verano en que la caballería romana consiguió sus triunfos en Tesalia, el legado que el cónsul envió á Iliria sometió por la fuerza de las armas dos ciudades opulentas, dejando á los vencidos la posesión de todos sus bienes, en la esperanza de que aquel acto de clemencia dispondría favorablemente á los habitantes de Carnunta, ciudad muy fortificada; pero reconociendo muy pronto que ni podía conseguir su sumisión, ni reducirlos por sitio regular, y no queriendo que sus soldados hubiesen soportado sin recompensa la fatiga de dos sitios, les concedió el pillaje de las ciudades que antes había perdonado. El otro cónsul C. Cassio no hizo nada memorable en la Galia, provincia que le tocó en suerte, y trató en vano de entrar en Macedonia por Iliria. Los legados de Aquilea enteraron al Senado de